

Singularidad

Marcelo G. Urbano

Urbano, Marcelo

Singularidad / Marcelo Urbano. - 1a ed. revisada. - Lanús : Marcelo Gabriel Urbano, 2026.

340 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-01-5236-3

1. Ficción General. 2. Novelas de Ciencia Ficción. I. Título.
CDD A860

Diseño de tapa: Natalia Urbano

Los hechos y personajes de esta historia son ficticios.

Copyright ©2026

Edición del autor.

Derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, eléctrico, magnético, electroscópico, por fotocopia, en páginas web ajenas, o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor/autor.

Edición Autor

Bolivia 1237 – Lanús Oeste. Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Libro de edición argentina

Impresión en papel mayo 2026.

Tres monedas

1

Santa Fe, septiembre de 1989

Era un remanso en el lugar más inhóspito del Paraná, cerca de San Javier, con una playa angosta que sufría el pulso cambiante del río. A veces bajaba tanto que encallaban los surubíes en estirados zanjones y otras veces, el caudal arrasaba con los plantíos y anunciaba el tiempo de la renovación. Allí habitaron los timbúes, que conocían los regímenes y dominaban con maestría el flujo del agua.

El yacimiento arqueológico tenía sus complejidades asociadas a los caprichos de la marea. Pero había en el repliegue del agua una ventaja milagrosa, que consistía en la barrida y el aflojamiento del terreno, que cada tanto dejaba al descubierto los tesoros de esas tierras sagradas.

Así fue como apareció la osamenta fragmentada de un soldado español, con su morrión, su peto y su espalda, atravesado a la altura del ojo derecho por una flecha timbú. Alguno de los arqueólogos más jóvenes se entusiasmó pensando en que habían dado con el paradero fatal de Juan de Garay. Cristóbal Martín se apresuró a bajarlo de la nube, porque el esqueleto no coincidía con las señas particulares conocidas del conquistador español, y no estaban seguros de la intervención de los timbúes en la masacre.

Un poco más lejos de la playa, un entramado de sauces, alisos y espinillos formaba una empalizada natural donde las sombras mañaneras y las tinieblas nocturnas servían de fortaleza. Y la magnificencia del timbó colorado servía de atalaya. Desde allí las tribus originarias controlaban el río, protegían a sus pescadores y a los cultivadores de mandioca que se extendían monte arriba para la siembra. Atentos a lo conocido, pero también a lo desconocido.

Adoraban a Yacarú (el dueño del río), y realizaban los rituales sagrados del Tupá Mirí (el abuelo de las raíces), patrono del árbol sagrado, un ceibo ancestral otrora adornado con la ornamentación artesanal de las tejedoras. Eran ofrendas de las familias timbúes que habitaban esta margen del río. Podían encontrarse también los hechizos del *payé*, con su poder de curar, predecir el futuro y comunicarse con las fuerzas de la naturaleza. Para todos, las raíces de ese ceibo conectaban con el mundo de abajo, y la copa, con el cosmos. Sin embargo, el árbol permanecía milagrosamente vivo y fuerte desde hacía al menos quinientos años.

Los restos de vasijas aparecían decorados con guardas de increíble valor simbólico; la luna, el río y los animales estaban presentes en todos los fragmentos que habían recuperado hasta el momento. El historiógrafo del equipo, Ezequiel Conde, deslumbró a todos introduciendo el concepto de “canoa de fuego” que descendía del cielo al río, una serie de pictografías que contaba una historia mística con ribetes de ciencia ficción. El equipo debatía si se trataba de una leyenda o de una crónica.

En ese bosque sagrado, ocurrían sucesos extraños, voces y sonidos que venían de los árboles, vibraciones que producían mareos y dolorosas pérdidas de lapsos de tiempo. Había días en los que tenían que levantar el campamento por las cefaleas generalizadas.

—¡Qué panzada se haría con esto, mi buen amigo Néstor Gelman! —solía decir Cristóbal, con la certeza de que muy pronto tendría que invitar al periodista de lo oculto y lo misterioso más famoso de la televisión a escuchar el cúmulo de evidencias que habían recogido.

La memoria oral apenas sostuvo el legado de este pueblo originario, algunos textos jesuíticos y una leyenda que los transportó hasta este proyecto arqueológico, basada en el sincretismo entre lo pagano y lo cristiano.

El revuelo se armó al mediodía. El sol de septiembre era cálido. Cristóbal estaba arrodillado junto al “Ceibo Sagrado” con un pincel de cerda gruesa, separando tierra y pequeñas piedritas de entre las raíces musculosas de la superficie,

cuando encontró un elemento cerámico pequeño, del que era fácil suponer que se tratara de una ofrenda olvidada. Con suma paciencia fue limpiando la zona. Existía el acuerdo de que, ante el hallazgo de algún objeto en una de las cuadrículas, el descubridor gritaba: “¡Estrato!”. Una convención práctica del equipo que señalaba haber encontrado algo significativo en este nivel y desde lo simbólico representaba el momento en que el pasado emergía a la superficie.

Cuando gritó “¡Estrato!”, cada uno de los integrantes del equipo lo fue rodeando con una expectativa poco habitual. Una claridad extraña envolvía al arqueólogo, que parecía inserto en un resplandor sobrenatural del que no era consciente.

—¿Qué encontraste? —exclamó Conde.

—No lo sé, todavía. ¡Es tan asombroso!

Luego de media hora de tensión, logró desprender el objeto de la tierra que lo aprisionaba y extrajo una pieza ovalada como un huevo, pero achatada en el frente y en el dorso. No superaba los cinco centímetros de largo y dos de espesor. Estaba completo, en perfectas condiciones de conservación. Tenía un dibujo minucioso tallado en el frente, una alegoría religiosa con un hombre, una serpiente y una estrella pintados con colores brillantes, colores que desafiaron al tiempo. Era hueco, tenía algo en su interior de cierto peso, que se movía cuando lo agitaba y sonaba duro cuando chocaba con las paredes interiores.

—Parece un huevo de Pascua con sorpresa —dijo el geólogo, que era el más joven, y causó la risa en todo el grupo.

—Hay un detalle increíble —señaló Martín exhibiendo el hermoso objeto en la palma de su mano—. ¿Qué opinan de las tintas que usaron para el diseño?

—Bastante brillantes para tener varios cientos de años —arriesgó Emilse, la especialista en química, única mujer del equipo—. Hay que determinar si se trata de elementos orgánicos para hacer una datación más precisa.

—Buen punto. Esto sigue en el laboratorio; mañana trabajaremos en el museo —dijo haciendo referencia al Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay que oficiaba de cuartel.

Desde lo alto de un *laurel de río*, sin que nadie se hubiera percatado de su presencia, un joven ajeno al equipo contemplaba la escena con perplejidad.

2

El laboratorio del Museo Etnográfico olía a polvo antiguo y alcohol etílico. Allí, bajo luces frías, la misteriosa pieza dejó de ser una curiosidad para convertirse en un enigma. Emilse, impulsada por su entusiasmo, estuvo trabajando desde las primeras luces del alba, asegurándose de que cuando llegara el equipo, todos los resultados estuvieran listos. A las once de la mañana, todo el equipo estaba reunido, aguardando sus palabras con ansiedad apenas contenida. Con meticulosidad, expuso sus primeras conclusiones sobre la pieza que habían bautizado como “el huevo”, aunque ninguno olvidaba la humorada del geólogo que le dio nombre.

—Fue pintada en su totalidad con tintas orgánicas —detalló. El crujido de los papeles bajo sus manos nerviosas rompía el silencio expectante del laboratorio—. El proceso era evidente: recolección, molienda, cocción. Incluso fermentación o mezcla con aglutinantes naturales, como si supieran que un día serían analizadas.

Los rostros de sus colegas reflejaban esa mezcla de escepticismo científico y fascinación infantil que solo los grandes descubrimientos provocan. Se daban cuenta de que estaban ante algo trascendental.

—No entiendo —dijo Cristóbal—. ¿Estás insinuando que prepararon este objeto para que en el futuro pudiera ser sometido al carbono-14?

—Diría algo más extraño. Esto parece preparado para técnicas modernas como la espectrometría de masas (AMS). Esta es crucial para la datación por radiocarbono de muestras muy pequeñas como las tintas orgánicas. En el análisis de la cromatografía y la espectroscopía, queda en evidencia el uso de tintas a base de plantas como el chañar y la carqueja, carbón vegetal, algarrobo...

—Pero ¿cómo lograron preservarla? —preguntó Conde.

—Un proceso admirable de aglutinantes. Pude detectar savia de árboles locales, almidón extraído de raíces y clara de huevo de aves locales; podrían ser de carpinteros, horneros o chingolos.

—¿Todas las piezas que hallamos tuvieron el mismo tratamiento? —inquirió Cristóbal.

—Esa es la pregunta crucial. No. “El huevo” parece ser la única pieza artesanal creada con esta técnica. Se nota que fue diseñada para algo que estaba más allá de su tiempo. Y por eso llama la atención lo que voy a mostrarles. —Emilse abrió una carpeta de cartulina de la que extrajo cuatro radiografías de distintos ángulos del objeto y se las entregó para que las pasaran de mano en mano. Todos quedaron maravillados. Podían apreciarse tres objetos metálicos, simétricos, planos, redondos, sin deformaciones.

—¿De qué está relleno? —preguntó Conde.

—Parecen monedas o medallas.

—Vamos a tener que pedir autorización a la dirección del museo para abrirlo y corroborar qué es lo que estamos viendo —ofreció Cristóbal.

—Primero hay que mandar la pieza al Museo de Ciencias Naturales de La Plata, para la datación. En quince días, con los resultados, tomaremos la decisión —sugirió Emilse y todos estuvieron de acuerdo.

3

La antropóloga Beatriz Sáenz, jefa del Laboratorio de Radiocarbono del Museo de La Plata, trajo personalmente la pieza para hacer una devolución sobre la datación realizada. Estaba tan entusiasmada por el resultado y tan atrapada por su propia curiosidad que no dudó en viajar a Santa Fe para reunirse con el grupo.

—La pieza fue construida hace unos cuatrocientos setenta años —comentó—, con una desviación estándar más/menos uno y con un 95% de probabilidad de que la fecha real esté

dentro de un rango temporal entre 1510 y 1520. Suele suceder que los objetos cerámicos sean muy difíciles de datar, por la falta de elementos orgánicos resistentes al paso del tiempo. En este caso, sobran estos elementos, se preservaron casi de manera milagrosa y esto mejoró mucho el nivel de certeza.

—¿Milagrosa? —desafió Emilse—, yo sentí que había sido preparada para esto. Una intuición. El resto de las piezas cerámicas tímúes que desenterramos no tenían semejante nivel de conservación.

—¿Sugerís que se trata de un elemento creado para perdurar? —consultó Beatriz—. Hay que considerar que se trata de una pieza llamativa; quizá sea el estuche de algo más importante, por lo que contiene.

—Con las radiografías, identificamos tres elementos que parecen medallas o monedas. ¿Será algo así como un monedero?

—¿Qué tienen previsto hacer con eso? ¿Van a abrirlo para desvelar el misterio? —desafió la jefa del laboratorio platense.

—Ya tenemos el permiso de la dirección —acotó Cristóbal Martín.

—Colegas —exclamó Beatriz Sáenz—, no me voy de aquí hasta que no sepamos qué hay adentro de esta pieza.

Clarisa Mórtola, encargada del departamento de Conservación y Restauración del Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay, vino con sus estecas y cortantes, y comenzó a trabajar en la apertura de este misterioso objeto. Se había decidido realizar un corte longitudinal rodeándolo para proteger la alegoría religiosa delineada sobre el frente. Por momentos, la especialista sufría temblores en el pulso. El temor a romperlo y la presión ejercida por una docena de testigos le hacían perder la concentración. Entonces, dejaba la herramienta, sacudía los dedos, se secaba la transpiración de la frente y volvía a la tarea. Susurró como un automatismo que tenía miedo de dañar la pieza, pero el grupo se mantuvo firme sin evaluar la preocupación extra que le estaban transmitiendo a la técnica.

El trabajo duró poco más de veinte minutos; de pronto el objeto se abrió y se produjo un instante de confusión, en el que todo lo que creían posible se desmoronó. La incertidumbre dejó a todos en un silencio cargado de desconcierto.

Dentro del objeto había tres monedas de diez centavos de Austral, acuñadas en 1987. Era imposible. Y, sin embargo, estaban ahí. Una cápsula hueca construida en 1510 ocultando monedas corrientes de un año atrás. Desde ese día, una palabra empezó a repetirse entre los integrantes del equipo del yacimiento arqueológico de San Javier: "Singularidad".

Uno

1

Hay cierta languidez en las premoniciones, una cuota de tristeza y abatimiento que va horadando el temple y el humor. Tomás de Aquino lo resumía en placeres simples: llorar, contemplar, descansar. Insuficiente para mi estado, máxime habiendo pasado por todas estas instancias casi en el mismo orden.

Paloma viajaba del lado de la ventanilla con el brazo enroscado en el mío y la cabeza apoyada en mi hombro, como siempre. El avión volaba planchado, de modo que el viaje no era traumático. De vez en cuando ella levantaba la cabeza de mi hombro y contemplaba mi perfil; yo la miraba de reojo, esperando a que dijera algo que rompiera el silencio forzado.

—¿No me vas a decir qué te pasa, Néstor? —preguntó ya harta de mi silencio—. Estás raro.

—No me trae buenos recuerdos venir a Santa Fe; creí que lo había superado, pero no. Mucho tiene que ver mi historia juvenil y algunos sucesos extraños que ocurrieron y terminaron convertidos en dolorosos fragmentos de memoria.

—Sos bastante parco para ahondar en esa parte de tu vida; pensé que no querías hablar del tema y nunca quise insistir.

—Yo era joven; tenía dieciocho o diecinueve cuando conocí a Cristóbal Martín, que luego se convertiría en mi hermano del alma. Vino de Santa Fe para estudiar arqueología en Buenos Aires. Creo que esos recuerdos siguen ahí, intactos, pero mi cerebro prefiere prescindir de ellos, por el doloroso desenlace de su vida. Hubo un tiempo en que simplemente no estuvo. Fue entre 1989 y 1993. Nadie supo dónde. Nadie supo qué pasó. Cuando volvió... ya no era él. Sus familiares apenas pudieron recuperarlo para verlo morir, con la mente perdida en algo que nadie entendía.

—¿Hablaste con la familia?

—Sí, pero estaban desorientados. Había un tío cura, una persona muy interesante, que prometió explicarme su versión

mística o espiritual. Pero jamás se contactó conmigo en los momentos en que yo era una figura pública con cierto predicamento en la televisión. Creo que sepulté esa parte de mi historia y ahora, yendo hacia su lugar natal, llegan esas reminiscencias dolorosas que voy a tener que capear.

—¿Versión mística o espiritual?

—Me dijo apenas unas cosas. Que Cristóbal llevaba años desaparecido cuando su familia recibió una llamada anónima. Lo encontraron al borde del río, demacrado, balbuceando sobre “luces que hablaban”, pero que necesitaba profundizar en el tema antes de reunirse conmigo.

—Debe ser importante para vos; de no ser así, no estarías tan abstraído.

—Tenés razón. Lo de siempre... el estómago avisando, como ya te conté en otras ocasiones.

En el aeropuerto de la ciudad de Santa Fe nos aguardaba un remisero, con una hoja impresa que tenía mi nombre escrito con letras grandes y apaisadas. Fue muy gentil llevándonos los bolsos pequeños, apenas con un par de mudas de ropa y la laptop. Nos llevó hasta el hotel y cuando le quise pagar, me dijo que la cuenta había sido cubierta por los organizadores. Se refería a la Convención sobre Periodismo y Tecnología organizada por la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Católica de Santa Fe.

Hicimos el check-in en la misma continuidad de silencio que trajimos en el avión, a no ser por esos cinco minutos que me tomó desembuchar todo lo que estaba dispuesto a contar de mi querido Cristóbal. De camino al ascensor, logré espiar los preparativos en el salón de eventos en la planta baja. Auspiciaban los principales medios de todo el país. Banners de los diarios hegemónicos, monitores de televisión conectados a los canales de noticias. Poco iban a lograr. Demasiado dinero venía de los mismos de siempre. O acaso fuera una estrategia de los elefantes, para desalentar cualquier intento revolucionario de tocar sus intereses en la comercialización de información y de tecnología de la información, que están en las

mismas manos. Poniendo plata se ganaban el derecho a controlar las cosas.

En el ascensor le dije a Paloma: *No sé qué estoy haciendo acá*. Ella me miró a los ojos y sonrió.

—Por algo estás aquí. Tuviste tiempo y oportunidad para negarte, tenés un karma con el lugar por la muerte de tu amigo y, sin embargo, viniste. Vos sabés que estos foros están intervenidos comercialmente, ¿quiénes esperabas que invirtieran en asuntos de prensa? ¿Una cadena de supermercados?

Y desde la más remota simpleza, Paloma me mandó a hacerme cargo de mis decisiones y a tratar de disfrutar y pasarla bien, a pesar de mi entripado con los medios hegemónicos que me han castigado con severidad.

Como material de soporte para mi charla, me bastaba al principio el ofrecimiento de facilitarme la proyección de mi blog en una pantalla gigante. Por prejuicio y falta de timing, supuse que todo lo demás sería cháchara. Por suerte, mi community manager, Diego Arango, con astucia y mente clara, me presionó por el bien de todos para proyectar unos gráficos sobre las estadísticas de mi página, resaltando los logros de audiencia con el caso Scharman.

—Es lo más importante —sostenía Diego— y si no lo informás vos, no lo va a informar nadie. Sacudilos con datos porque si no, se van a quedar dormidos.

Esa era la encrucijada filosófica. ¿Cuál era la noticia? ¿Lo bien que dan los números o cómo se investiga para que la gente vaya a tu sitio a leer y además pague? Pues bien, para mi community manager, *Revelaciones* sería insignificante si no fuese por su trabajo de comunicación en las redes sociales e Internet. Me causa gracia, pero no deja de tener un punto de vista interesante para evaluar y para contar a los asistentes al foro.

2

Desde el escenario, podía contemplar al auditorio en actitud de curiosidad y atención. Una mosca blanca como yo estaba llegando a números que podían calcularse con facilidad y que denotaban algo que podría denominar sustentabilidad o autofinanciación.

—No es fácil —les dije—. Tampoco resulta que esto podría hacerme millonario; sin embargo, la diferencia entre ganar bien y rascar el tarro depende de encontrar buenas notas para un público especial, ávido del conocimiento de temas misteriosos o paranormales sobre los que escribo. Los especialistas en marketing le llaman nicho. Y a mí los nichos me importan cuando falta el cuerpo y apareció un fantasma...

El auditorio esbozó un murmullo risueño, que estaba dentro de los cálculos.

—Con esto quiero decir que yo me ocupo de los contenidos y mi community manager, de que estos funcionen y vengan los lectores.

Mientras me detenía en la labor periodística y en la fidelidad con el propio estilo, encontré los ojos de Paloma en la primera fila aprobando mi exposición. Pero justo detrás de ella, con evidentes hormigas en el culo, encontré un rostro conocido envuelto en traje de cura. Observaba mi despliegue con implacable curiosidad.

Ya estaba terminando mi alocución; tenía al público en el puño mientras contaba algunos pormenores del asunto Scharman y no iba a permitir que la presencia del cura me condicionara. Contesté preguntas y, mientras lo hacía, pude verlo poniéndose de pie y abandonando la sala luego de echarle una última mirada a su reloj de pulsera. Se fue sin llamar la atención, como asumiendo que tarde o temprano terminaríamos conversando.

Ya fuera del recinto, reunido con algunos colegas, se acercó a la rueda un viejo amigo, Nicolás Banci, periodista del bando corporativo para la sección Policiales.

—Mirá que todavía no cometí ningún delito —le dije y él sonrió entendiendo la chicana. Me dio la mano y yo se la estreché con sinceridad. Luego saludó a Paloma con un beso.

Hemos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero todo quedó saldado cuando investigaba la muerte ritual de Scharman hace poco tiempo atrás. Tuvo algún gesto profesional que puedo valorar y respetar.

—El diario me mandó como invitado —dijo—, no como periodista. El ponente que nos representa va a hablar sobre la supervivencia del diario en papel.

—Cosa que no crees demasiado...

—No. Es una defensa corporativa de las joyas de la abuela. En un foro de periodismo y tecnología, hablar de supervivencia del papel es como hablar de sombrillas en la playa del tsunami. ¿En qué andás, Néstor?

—En lo de siempre, nada particular. Hice una pausa porque me invitaron a exponer sobre mi blog. ¿Y vos?

—Estuve siguiendo tu actividad. Me resulta raro que no hayas encontrado alguna nota explosiva para tu blog. ¿Viniste a Santa Fe solo por el foro?

—Si no hay un caso paranormal o ritual, algo que encaje con mis temas, evito profundizar. Mis lectores saben lo que buscan en mi blog y pagan para eso. Mientras tanto, me las arreglo con notas de relleno. Te doy mi palabra de que no tengo nada para investigar en esta provincia.

—Hubiera jurado que viniste por lo de las voces.

—No sé de qué estás hablando.

—Mejor para mí. Más gente leerá mis notas. Te voy a hacer una pregunta: ¿fuiste amigo de Cristóbal Martín, el arqueólogo?

—Sí, claro —respondí frente a Paloma, que asistía perpleja al desarrollo de la conversación—. ¿Por qué?

—Tenés un imán para las cosas raras —dijo mi colega—. Aunque tengo que preguntarte por tu amigo: ¿andaba en alguna cosa extraña de ocultismo o algo así?

—No lo sé, de veras. Estuvo un tiempo viviendo en mi casa mientras hacía la carrera en la UBA. Dejó algunos libros de ocultismo, pero también de psicología y de espiritualidad.

Hablaba mucho con mi mamá; ella tuvo acceso a cierto arte indígena que a Cristóbal le apasionaba y tenían largas conversaciones. Yo ni me metía.

—¿No hay papeles, cajitas, arcones, apuntes a los que puedas echarle una mirada?

—Fue tan terrible su muerte, que creo que quería olvidarlo. No me interesa demasiado revolver cosas dolorosas. Hay algunas reliquias que, cuando vendimos la casa de mis padres, se las quedó Laurita, mi hija; no sé qué habrá sido de ellas.

—Si hay algo de lo que quieras que me ocupe porque vos no lo vas a desarrollar, avísame. Buscá en esos papeles de tu amigo; a lo mejor ahí está la clave. Me parece intrigante.

—¿Y vos cómo te enteraste de esto?

—Me sorprende que preguntes, colega. Las fuentes son confidenciales.

3

La mañana del sábado amaneció gloriosa. Octubre tiene ese esplendor climático que facilita la inspiración e incentiva las salidas y los recorridos, predispone con buen humor para afrontar la jornada, aunque la misma esté cargada de incertidumbre. La charla a la que me habían invitado no era remunerada, pero incluía la provisión de dos pasajes de ida y vuelta abierta y una noche de hotel. Además, estaba la cena del viernes que disfrutamos sin excedernos demasiado, por el resto de las actividades que Paloma nos había impuesto.

Ella se ocupó de contratar un día de spa y una noche en una suite especial. En seguida describiré con precisión la experiencia porque ha sido realmente relajante y amorosa. Es importante establecer cómo me convenció de atreverme a realizar algo tan lejano a mis pensamientos, prácticas y creencias. En este punto declaro que el amor incondicional es capaz de mover las más sólidas arquitecturas de los pensamientos más limitados.

Paloma recabó información en secreto para sorprenderme, lo cual sucedió en el sentido más literal del término. Decretó

con su sabiduría regalarnos un abrazo para el alma, un mimo que nos conectara con una dimensión más elevada de amor y sexualidad. Y uno que ya peina canas, que cree con fervor que ha vivido todo, de pronto entra como un caballo desbocado, se entrega a los caprichos del amor y entiende que conceder sin negociar muchas veces es la argamasa para construir una sólida relación. Claro que no me dijo que tendría que resistir con el cuerpo y la mente, y que aprendería a contar los seiscientos treinta y nueve músculos y los doscientos seis huesos de mi cuerpo, identificándolos por el dolor en cada uno de ellos.

La experiencia prometía veinticuatro horas de meditación, yoga y sexo tántrico.

A eso de las diez, luego de desayunar, pasamos por el mostrador para realizar el check-out. Entregamos la llave electrónica al conserje, quien, al ver mi nombre en el formulario de retiro, dirigió el dedo índice hacia un sillón junto a la ventana bañada de sol.

—Tiene una persona aguardándolo —dijo señalando al hombre de camisa gris con cuello romano, pantalón vaquero y saco negro de lana.

El cura, que estaba leyendo el diario con las piernas cruzadas, al escuchar el rumor y verificar mi presencia, se puso de pie. Me acerqué a él; Paloma me acompañó tomándome del brazo. Nos entregó una sonrisa amplia y extendió la mano, para que se la estrecháramos.

Tomamos asiento frente a él en un sillón de dos plazas. Una reunión intrigante, pensé. Lo reconocí... o creí reconocerlo. Algo en su cara me resultaba incómodo, antes incluso de entender por qué.

—¿Te acordás de mí, Néstor? —dijo luego de intercambiar saludos.

Ya no tenía dudas de que se trataba del tío de Cristóbal. Más allá del dolor que me producía el recuerdo, el religioso no tenía la culpa y, si se había tomado el trabajo de averiguar que yo estaría en Santa Fe e incluso asistir a mi exposición, no iba a sabotear su intención sin permitirle expresarse.

—Sos el tío de Cristóbal, creo.

—Correcto, soy el padre Daniel Murúa. Conservo con cariño mis discusiones con mi sobrino sobre tus programas de televisión. El debate era muy enriquecedor. No sabés cuánto extraño nuestras discusiones. Nosotros nos vimos en uno de tus viajes. Recuerdo que te quedaste en casa de mi hermana. Nunca olvidó aquella noche; hicimos sobremesa hasta las cinco de la mañana discutiendo sobre la alta posibilidad de inteligencia extraterrestre ya habitando entre nosotros. ¿En qué año fue eso?

—Si no recuerdo mal, fue en 1988. Poco antes de que Cristóbal desapareciera —arriesgué. Él estaba trabajando en un asentamiento arqueológico en el río Paraná.

—¿Tenemos algunos minutos para charlar?

—Vendrá a buscarnos en cualquier momento un remis; tenemos contratada una jornada de spa.

—¿Cuándo vuelven a Buenos Aires?

—Tenemos vuelo mañana a las seis de la tarde.

—Tengo información que Cristóbal quería que te fuera entregada en mano. Mi hermana, antes de morir, me pidió que me hiciera cargo. Pero además tenemos mucho que hablar sobre lo que le ocurrió. Tengo la íntima convicción de que necesitás saber de qué se trata.

—¿Podemos vernos mañana antes del vuelo?

—Los espero en la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús. — Sacó del bolsillo del pantalón una estampita y me la extendió. Allí estaba la dirección.

—Mañana estaremos allí alrededor de las tres de la tarde.

Respecto de la experiencia del sábado, fue inolvidable. Si Paloma logra hacer arder todos mis poros de manera natural y sin esfuerzos, la jornada en el spa y en la suite fue un tsunami. No hay forma de realizar una descripción sin rozar la pornografía. Bastará decir como resumen que Paloma nunca deja de sorprenderme, que con su habilidad logró que el pudor y las vergüenzas se esfumaran y que el ejercicio nos llevó hacia esfuerzos que ambos creíamos imposibles.

4

Un vehículo exclusivo del spa nos dejó a las tres de la tarde en la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús. Habíamos conseguido una armonía y una serenidad increíbles, por lo que mi habitual falta de predisposición para los temas religiosos estaba anestesiada y podía guardarme críticas y escepticismos para otro momento más propicio.

A decir verdad, solo creí siempre en lo verificable. Miraba los asuntos propios de lo oculto y lo misterioso como una fuente de inspiración, porque iba detrás de un dato binario y lo desentrañaba hasta convertirlo en verdad o mentira. Respecto de la religión, la falta de evidencia que, para mí, exige en mi razonamiento, pruebas como en mis investigaciones sobre ovnis, me obligaba a rendirme al dogma, sin obtener mi derecho a la verificación. He ahí mi extraña relación con la Iglesia.

Dicho sea de paso, la innegable hipocresía institucional, sus escándalos eclesiales denunciados a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo, me eximen de profundizar en mi reserva. Pero admito mi prejuicio intelectual: religión y superstición, los fenómenos paranormales no clasificados, rara vez son aceptados por la institución y a mí me revuelven las tripas. Dos mil años de historia vinculan la religión con lo inexplicable, a lo que sueltos de cuerpo reconocen como milagros cuando son pasibles de una clasificación paranormal. De allí surge la frase: “creer o reventar”. Yo prefiero verificar.

Algo a favor del padre Daniel fue que tenía las respuestas inteligentes para el debate. Recordaba muy bien aquella charla hasta la madrugada, en casa de la madre de Cristóbal; encendida, interesante. Nadie consiguió convencer al otro, pero valió la pena la discusión.

El cura nos recibió con algarabía, como si no hubiera confiado en que estaríamos allí y su prejuicio se transformó en sorpresa. Tenía unos setenta años; la fatalidad biológica lo había encorvado un poco, pero se mostraba como alguien jovial y motivado.

Hay en el aire de las iglesias un perfume distante y un frío que abruma. Es una característica que entraña reminiscencias; en mi caso, me transporta a la infancia, a las misas obligadas y a las clases de catecismo a desgano. Yo no quería desde chico, y mi madre me obligó.

Nos atendió en un cuarto con paredes atestadas de libros, estantes y más estantes con lomos relucientes de varios colores, ordenados por colecciones. Era fácil a simple vista entender cada grupo, sin necesidad de leer de qué se trataban. No esperaba en ese ámbito encontrar textos de teología heterodoxa o herética, aunque también dudo que guardaran para su lectura algunos clásicos malditos proscritos por el *Index Librorum Prohibitorum*, como el *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, de Galileo Galilei.

El aire allí olía a humedad, a páginas viejas, y el sacerdote encendió un palito de incienso con aroma a lavanda, como si quisiera purgar más que odorizar. Yo sonreí y él pescó al vuelo mi pensamiento:

—Si enciendo algo con olor a mirra, vas a salir corriendo, Néstor —me dijo y los tres nos reímos con ganas.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Daniel? —consulté mientras tomábamos asiento frente a él, escritorio por medio.

—¿Saben qué es una singularidad? —preguntó el cura, dicho lo cual Paloma se inclinó hacia adelante con interés científico. Conocía esa postura; estaba en posición de ataque.

—Un detalle que distingue a una cosa de otras de la misma especie —dijo.

—O un suceso excepcional que no tiene duplicado o repetición —agregó el sacerdote—. Eso creía antes.

Yo no salía de mi estupor; estaba asistiendo a una argumentación que me abarcaba en un sentido incomprensible todavía, pero que me absorbía como el vórtice de un embudo.

—¿Qué tiene que ver la singularidad con Cristóbal? —consulté sin demasiadas expectativas.

—Él murió por esta causa. Me dio un mensaje para vos y tengo el deber moral de trasladártelo y cumplir con la promesa.

—¿Por qué demoraste tanto? Ya han pasado treinta años.

—Porque a la muerte de mi sobrino tuve una crisis de fe. Tuve mi noche oscura del alma, una sensación de abandono divino. Lo que él sufrió, su desaparición y posterior muerte, me llevaron a buscar en su literatura, que para mí era profana: abducciones, voces extrañas que hablaban en lenguas desconocidas, luces misteriosas. Escapaban de mi campo espiritual y necesitaba comprender.

—Sin embargo, estás aquí —le dije mientras mi corazón golpeaba sobre mi pecho como en un parche de tambor.

—Porque logré reconciliar nuestros mundos. Me permití abrir mi cabeza y dejar entrar aquellas creencias; entonces encontré similitudes increíbles. Dios abarca todo, la luz y la sombra. Y pude volver a mi camino de fe al tiempo que intentaba juntar los indicios de lo que mi sobrino estaba investigando. La singularidad es una manifestación del universo; algo que no pasaba, de pronto pasa y luego deja de pasar. Y la descripción de Cristóbal fue muy clara; él habló de “*Singularidad cósmica*”.

—No entiendo cuál es tu punto, Daniel —le dije con la angustia estrangulando mi garganta.

El cura se puso de pie, caminó unos pasos hasta un mueble esquinero del que sacó una caja de zapatos rodeada por un elástico para evitar que la tapa se separara del cuerpo. Al cabo, la colocó en el centro del escritorio.

—Las últimas palabras de Cristóbal —dijo el cura— fueron: *Decíle a Néstor que ganó la apuesta*. Ese fue el mensaje que tenía que entregarte. ¿Sabés a qué se refería?

Me tomé algunos segundos para recordar. Busqué con la mirada elementos inspiradores, pero habían pasado treinta años; quizá se tratara de alguna humorada juvenil, como tantas con las que nos divertíamos a los dieciocho años.

—Sinceramente, no recuerdo ninguna apuesta.

—Esta caja me la dio Cristóbal antes de desaparecer. Hoy, con tanta agua que pasó bajo el puente, creo que algo intuía.

El sacerdote abrió la caja y tomó de su interior un álbum de fotos, de esos que te daban en las casas de revelado con folios de nailon y tapas con la publicidad del local. En este caso era

de color amarillo y tenía el logotipo de Kodak. Me lo alcanzó. Paloma apoyó su cara en mi brazo para que juntos observáramos las imágenes.

Aparecía retratado el equipo de trabajo en un yacimiento arqueológico. Mi amigo estaba en todas ellas, algunas posando con algún colega, en otras haciendo su trabajo. Me embargó la emoción; Paloma se dio cuenta y me acarició la mano. Tuve que sonarme la nariz y el cura mensuró el impacto que me había producido. La última foto del álbum era distinta. Se trataba de un objeto cerámico con forma de huevo, hueco, abierto en dos. La porción frontal tenía un diseño alegórico y la porción dorsal estaba vacía, aunque a su lado había tres monedas puestas en línea junto a la pieza.

—En aquella reunión en casa de tu hermana —recordé—, Cristóbal contó sobre los timbúes y una *Cosmogonía perdida*, un libro, no recuerdo bien. Se lo veía entusiasmado porque iba encontrando indicios de que esas familias originarias creían en dioses que provenían de las estrellas, que bajaban en “canoas de fuego”. Ahora recuerdo cuál fue nuestra apuesta: le dije: “¡A que me vas a llamar a mí para que investigue la verdad de los timbúes!”.

El padre Daniel sonrió con satisfacción. Denotaba que yo había dado en el clavo y que empezaba a entender el mensaje.

—¿Recordás cuál fue el valor de la apuesta?

—Yo lo corrí con la cifra, le dije: tres monedas de oro. Obvio que se trataba de un chiste, una apuesta simbólica que nunca se pagaría. Pero él se dio vuelta los bolsillos mostrando que estaban vacíos y contestó: *Dejémoslo en tres monedas de diez centavos*. Y yo acepté.

—¿Qué me dirías si te dijera que las tres monedas de la foto son el pago de tu apuesta?

—No entiendo.

—Esas tres monedas estaban dentro del “huevo”, cerrado. No dije nada. Miré a Paloma. Tampoco dijo nada.

—La datación lo ubica entre 1510 y 1520 —agregó el cura. Sentí un frío seco en el pecho. No tenía sentido.

Paloma y yo quedamos pasmados, con la vista clavada en los ojos del otro. Esas tres monedas estaban dentro del “huevo”... cerrado, no había forma de entender.

—Todos estos años, estuve buscando una explicación. Por aquellos tiempos, obsesionado con lo que habían encontrado los integrantes de aquel equipo, fui a visitar el Museo Etnográfico y Colonial Juan de Garay. Era la entidad responsable del manejo del patrimonio arqueológico del yacimiento sobre el río Paraná. Tenía este álbum y no entendía por qué la única imagen de un objeto encontrado en el yacimiento era esta. Sabía que habían recolectado cientos de objetos. Lo normal sería una foto de cada una de las piezas. Pero no, solo está. Algo quería decir. Y yo no lograba interpretar el mensaje. En el museo no encontré esta pieza exhibida. Pregunté a todos los responsables de las distintas colecciones y ninguno tenía conocimiento de la existencia de un objeto como este. Cuando consulté por los profesionales que se ven en las fotos, me dijeron que ese equipo se desmembró a la muerte de Cristóbal y ninguno de ellos seguía relacionado con esa institución. Alguien reconoció a uno de ellos y me dio su nombre: Ezequiel Conde, historiógrafo del equipo. Pasaron años hasta que pude dar con él en el Museo de La Plata. Fue quien me contó lo del hallazgo del “huevo” con las tres monedas. Me habló de la conmoción que generó semejante descubrimiento. Y también que las autoridades del museo sepultaron el trabajo por las derivaciones que podría tener el caso. Y hasta aquí llegué. Supe lo de la apuesta de los treinta centavos porque los escuchó mi hermana, joder con eso de que al final la investigación de los timbúes terminaría en tus manos.

—¿Entonces las tres monedas configuran un mensaje para mí?

—Correcto.

—¿Y que Cristóbal viajó en el tiempo para dejarme la tarea de investigar qué pasó?

—Así parece.

—¿Por qué se habló de singularidad? ¿Fue Cristóbal quien mencionó la palabra?

—Sí, “Singularidad cósmica” la llamó. Pero también la mencionó el historiógrafo Conde, en referencia a un concepto generado por el equipo, cuando abrieron “el huevo” y encontraron las tres monedas.

El padre Daniel me entregó la caja; contenía algunos recuerdos. Un escudo de Unión de Santa Fe, equipo del que mi amigo era fanático, que le regalé cuando teníamos veinte años. También una foto suelta en la que estábamos junto a dos chicas en el Itaipark, imagen que tenía su secreto inconfesable y que eludí contar a Paloma diciendo que no recordaba. Mucho no me creyó. Y el último de los objetos era un viejo microcassette de un dictáfono que recordaba haber visto en manos de Cristóbal.

—¿Intentaste escucharlo? —le pregunté al cura.

—No, era su legado para vos. Entiendo que lo que haya grabado está en la órbita de lo personal y privado.

Mientras embarcábamos, y yo no salía de mi estupor, Paloma se quedó abrochada a mi brazo, físicamente amarrada, como si necesitara de una comunión para acompañarnos mutuamente en un viaje que todavía no había comenzado, pero cuyos pasajes ya tenían un destino inexorable.

5

Laura quedó sorprendida por encontrarse en mi departamento con todos los enseres ordenados y limpios, la alacena llena y la heladera con asombrosos signos vitales.

—La influencia feminista en un mundo patriarcal —dijo mi hija con su habitual acidez en relación con la autoridad de Paloma en mi organización personal, mientras hurgaba en la cocina buscando qué criticar.

—Detrás de un gran hombre...

—Una pila de ropa sucia, papá...

La psicóloga de la familia, de acuerdo con mi encargo, había traído una caja de Americano Gancia, antiquísima, con pertenencias, que alguna vez quedaron arrumbadas en mi casa materna, y que por el milagro de la sentencia filosófica de

Antoine Lavoisier se convirtió en: “algo que daba lástima tirar, aunque no se supiera muy bien para qué serviría”. Al final, el clavo le quedó a ella cuando se vendió la propiedad en el barrio de San Cristóbal donde pasé mi infancia y adolescencia. Increíblemente, de mi madre no quedaron vestigios tangibles de sus pertenencias.

—Mi vieja me obligó a guardar esa caja —comenté con resignación—. ¡Y vos hablás de patriarcado! Esa sí que era una tirana. La caja tendrías que haberla tirado vos.

—¿Y qué te dio por remover viejos trastos?

—Un fantasma.

—Desarrolle Gelman.

—El viaje a Santa Fe revolvió algunas cuestiones que estaban oxidadas. Me dieron ganas de reconstruir una vieja memoria. ¿Qué entendés por singularidad, hija?

—Ah. Qué interesante, padre. Para la psicología, singularidad es la diferencia absoluta de un sujeto con respecto a todos los otros de su misma especie. Eva Perón fue una singularidad. Pero me imagino que querés profundizar un poco más. Para ser precisos, es una cualidad que un ser vivo posee per se, que lo diferencia de todos los otros; no sé, una mano con siete dedos sería un buen ejemplo, y no digo con seis porque hay bastantes casos en el mundo y ya no constituiría una singularidad.

—Si extrapolamos, podemos decir que es una cualidad de cualquier suceso que lo diferencia de todos los otros.

—¿Qué te pasó en Santa Fe? —le dio a la consulta cierta cuota de resignación.

—Apareció un cura, tío de mi difunto hermano del alma, Cristóbal, con un mandato personal para que yo me ocupara de un asunto relacionado con una singularidad.

—¿Hablás de aquel amigo tuyo... el arqueólogo? Pero murió hace como mil años. ¿De qué forma te dejaría un mandato?

—Es muy truculento todo. Sostuvo que Cristóbal me dejó un mensaje que, por un misterioso fenómeno cósmico, atravesó el tiempo en un viaje desde 1510.

—Y te hizo picar el culo, porque esos temas a vos te pueden.

—También porque nunca cerré algunas cuestiones que quedaron pendientes o sin respuestas. Ahora me reprocho que, con todo lo que me tocó investigar en mi vida y lo obsesivo que soy con los temas oscuros, no le he dedicado a mi amigo ni un solo minuto.

—Lo bloqueaste.

—Exacto.

—Y te querés redimir.

—No. Surgió una necesidad de saber qué pasó y esto no es para liberarme o eximirme de nada. Solo curiosidad.

—Pareciera que tu propósito fuera sacar de la oscuridad cierta memoria tenebrosa a la que tenés que echarle luz.

—Puede ser. Pero convengamos en que el cura abrió una puerta sugestiva.

Laura abrió la caja de Gancia sobre la mesa del comedor. Estaba en buenas condiciones para un objeto de cartón corrugado de los setenta. Adentro: un cuaderno Gloria, un retrato enmarcado y una cajita amarilla con el título de *Kodak Ektachrome 40*, conteniendo un rollo de film en *Super 8*, una pelota de fútbol desinflada y dos revistas *Más allá de la cuarta dimensión*, dirigida por Favio Zerpa y orientada a temas paranormales y ovnis.

De inmediato conecté con el rollo misterioso. Mi madre tenía locura por las fotos y las filmaciones familiares. Casi podía verla con su filmadora Canon poniéndole el lente a todo cuanto ocurría.

—Esto es una reliquia —opinó Laura mientras contemplaba el rollo que estaba en perfecto estado y flotaba entre nosotros cierto aroma característico de la emulsión.

Me lo pasó para que lo examinara con la misma admiración con que lo hacía cuando era un niño. Fue una ráfaga de alegría, inexplicable, tanto que produjo cierta ansiedad para ver de qué se trataba. Extendí el film bajo la luz del comedor, en el intento de identificar los primeros fotogramas y ver si me producía algún recuerdo. Pero a juzgar por esos primeros cuadros, no había nada que me llevara al momento de su filmación. Quizá

ni siquiera fuese un material familiar de mi madre. Ahora tenía la intriga.

—¿Conocés a alguien que pueda prestarnos un proyector super 8?

—Papá, no seas vintage. Hay que mandarlo a digitalizar. Te lo entregan en un USB y lo ves en tu dispositivo smart preferido.

Nos reímos juntos, no sé si por su calificación sobre mi actualidad tecnológica o por el significado de la palabra asociada a una persona. Hacía rato que esto no ocurría. Ya vería cómo resolver el problema.

—Encima me legaron un microcassette de dictáfono que no sé en qué dispositivo podría escucharlo.

—Dame eso, también lo mando a digitalizar, ¡cavernícola!

El retrato enmarcado era una foto mía junto a Cristóbal, muy jóvenes, en tiempos felices, abrazados, con un paisaje de fondo que me recordó los bosques de Palermo. Debía ser a principios de la década del ochenta. Un vago recuerdo me trajo a la memoria que ese portarretrato estaba exhibido sobre la tapa de un bahiut en el comedor de la casa de San Cristóbal. Y un día dejó de estarlo, no recuerdo bajo qué circunstancias.

—No sé cuál es el mensaje de mi vieja con esta foto —pensé en voz alta.

Entre tanto, Laura tomó el cuaderno, un viejo Gloria de tapas duras, forradas con diseño escocés en rojo y azul y el lomo cubierto con un papel azul oscuro. Las anotaciones del interior estaban escritas con letra cursiva muy prolija y firme. Veía la mano de Cristóbal en el trazo.

—En la carátula está el nombre de tu amigo —leyó en voz alta—, Cristóbal Martin, y el título: Apuntes personales sobre cosmogonía.

Se resistió al principio a leer información que pudiera develar la intimidad de una persona a quien no había conocido, una ética que, a mí, en este caso, no me parecía necesaria. Ni me lo cuestioné, fui derecho al texto. Esa demora ética dejó a mi hija observándome como una celadora, juzgando la corrección del acto. Fueron unos segundos indecisos para ella, hasta que primó el pragmatismo.

Ese mismo día me metí en algo de lo que ya no iba a salir.

Índice

| | |
|--|-----|
| Tres monedas | 7 |
| Uno | 14 |
| <i>Ñandé Yara</i> | 32 |
| Dos | 47 |
| El grumete Pedro “El Rato” Fonseca | 62 |
| Tres | 78 |
| Hermano Joaquín Solano | 102 |
| Cuatro | 118 |
| Matías Oriolo | 138 |
| Cinco | 157 |
| Dalya Furszt | 177 |
| Seis | 200 |
| Daniel Murúa | 224 |
| Siete | 242 |
| Cristóbal Martín | 264 |
| Ocho | 285 |
| Epílogo | 336 |